
Estancia en Pekín

Aureliana B.

Fui a mirar.

A maravillarme con el mundo de color,
a sorprenderme por el tamaño y por la fuerza,
a imaginar las texturas de las telas,
sedas,
algodones,
linos,
mariposas hechas lienzos para envolver
los largos músculos,
los generosos contornos,
los espacios que se habitan.

Fui a mirar.

A ver.

El asombro sacudía mi mirada tímida,
ojos timoratos apagados por las sombras eclesiásticas,
a los que la cultura moralizadora evitó aprender
a gozar la belleza de las otras,
ojos,
que como pájaros-golondrinas
escapan,
y se van a recorrer las negras cabelleras
convertidas en sofisticados tocados
de rizos infinitos,
ojos,
que aplicaban en el reconocimiento de la trenza
que enmarca el cráneo perfecto.

Fui a mirar.

Sólo a eso.

La cadencia de los pasos al recorrer el salón,
ese modo de gacelas,
de cervatillos,
ese modo de marejada que cubre riscos...
a mirar los rostros resueltos de las que
tienen más de medio siglo,
y a fuerza de enfrentarse les ha cambiado el gesto;
las canas escrupulosamente peinadas,
en un tono plateado-azuloso
para darle vetusta elegancia a la coquetería.

Empecé a imaginar los aromas,
néctar de las especias de cada continente,
aroma de axila oscura,
caoba,
cetrina,
jade,
resquicio de concha nácar,
o de perlas ...

Aromas,
coco, cacao, clavo, canela,
sándalo, miel, ámbar, sal.
Olor de mujer.
De mujeres.

Fui a mirar.

Sólo a eso.
Es más que suficiente.
Requerí más de los sentidos que del talento.

El oído se conmovió por los tonos,
por los timbres,

espacios musicales de la voz y de las lenguas,
¡ah! la palabra en la voz de las mujeres,
¡ah! el lenguaje en la voz de las mujeres,
¡ah! el concepto en la voz de las mujeres,
siglos para que la voz se levantara,
eras, aún, para que las ideas se respeten.

Fui a mirar,
a oír,
a oler,
a sentir,
a saberme mujer,
a disfrutarme mujer,
a cantar, con la cabeza descubierta,
por todas las mujeres.